

froy Saint-Hilaire con el poner en evidencia la unidad que preside en la constitucion de los animales, quedando probado que, á través y por en medio de la serie de Seres, se reconoce un plan primitivo, un pensamiento supremo que los arregla en reinos, en clases, en órdenes, en especies, en familias, y en cuadros metódicos. Darwin (*Origen de la especie* 1859) conviene en la necesidad que tiene de analogías la ciencia empírica, pero con estas solas no puede más que acercarse á la region en que reside é impera el Uno, el Ente creador, y sus secuaces (*Huxley, Wallace, Agassiz...*) explican lo desconocido por lo desconocido, limitándose á recurrir á la experiencia, la cual no da, sin embargo, la idea de lo necesario.

Hay, pues, un pensamiento, una voluntad que dirige los seres en sus evoluciones, las cuales son maravillosamente ordenadas, empezando por el grado más infimo de animalidad, y elevándolas por transiciones insensibles, pero en las que, entre cada especie, entre cada clase, y entre cada capa fundamental se halla interpuesta una barrera infranqueable, de modo que la nueva forma no puede ser cambiada por otra ninguna. El orden de los seres vertebrales en los que se halla tan de manifiesto la unidad del diseño, no podría adoptarse á ningun otro, por mucho que se haya buscado el medio de acercársele. Entre lo más refinado de la creacion, despues de los seres vertebrales y del hombre, hay un intervalo, un espacio insuperable, que hace á este un ser distinto perteneciente á otro reino diverso, mediante el pensamiento, la abstraccion, el habla (1).

La Geología, esta ciencia neo-nata, vacila entre la vetustez de las estratificaciones de nuestra esfera, y sobre el origen del terreno diluviano: de la cataclística de Cuvier y de Elías de Beaumont va á la evolutiva de Darwin y Spencer con las causas constantes operantes;

(1) Quatrefage demuestra que el hombre se distingue de los otros animales por fenómenos característicos del movimiento kepleriano, físico-químicos, vitales animales, y racionales: niega á los poligenistas el completo conocimiento de la ciencia natural; distingue enteramente las diferentes variedades de las razas por la transformacion de la especie; y de la confrontacion del reino vegetal y animal, deduce la unidad específica de lo que él califica «de reino humano.» Las grandísimas variaciones que experimentan los animales y las plantas que son transportados á otros países y á otros climas, le explican las diferencias humanas de color, de cabellos, de talones, de ángulos faciales, y de estatura, la cual varía desde un metro que es la de los Boscomanos, hasta un metro y 93 centímetros que es la que tienen los habitantes de la isla de Tungalabon. Corrobora todo esto con el hibridismo, que es ya muy difícil en los brutos, é imposible en el hombre, al paso que en este es muy comun el mestizaje, esto es, el cruzamiento de las razas. Por lo que, sirviéndose de las leyes generales á todos los seres organizados, refuta las teorías fundadas sobre algun accidente, ó sobre la morfología, independientemente de la fisiología.

del sistema antropocéntrico, al perfeccionamiento universal; pero siempre está de acuerdo sobre el procedimiento jerárquico de los seres inferiores á superiores; y en toda la serie de los organismos hace figurar á la cabeza de ellos al hombre.

Fundándose en las estratificaciones de los terrenos, y en la fauna y la flora sepultadas en ellos, una atencion despreocupada y sapiente creyó poder sacar argumentos sobre las edades, sobre el clima, y sobre las especies que habitaban aquellos varios países, tan diversos de los que nosotros habitamos ahora, y algunos de los cuales han desaparecido enteramente.

Despues de haber transcurrido quién sabe cuántas edades, vino una en que nuestro emisferio estuvo cubierto enteramente de hielo; y al romperse y deshacerse éste empezó la época terciaria. Quizas fué entónces cuando apareció el hombre; pero á pesar de lo mucho que se ha estudiado sobre algunos restos de cadáveres que se han encontrado en cavernas ó en terrenos de una antigüedad incalculable (1), no se ha podido llegar á adquirir, hasta ahora, aquella certeza sobre este punto, que exige la ciencia.

Son indicio de su primitivo estado salvaje las habitaciones palustres, esto es, construidas sobre estacas en medio de los pantanos y de las lagunas, en las que se recogen algunos restos de sus comidas y fragmentos de los toscos utensilios hechos por sus manos, tales como flechas pequeñas, cuchillos y martillos de pedernal, de los cuales se servían probablemente para hacer algunas figurillas con huesos, previamente calcinados, de animales pertenecientes tambien á una edad remotísima. Son particularmente muy notables los moluscos y mariscos que se encuentran en el Brasil, los *paraderos* de la Patagonia, las *tepas* de la Persia, y los restos de los utensilios de cocina

(1) Una de las cosas extrañas y que llaman la atencion, es la de que muchos de los cráneos prehistóricos están trepanados, operacion que no ha podido hacerse seguramente sino con cuchillos ó con sierras de pedernal, y no con trépanos, puesto que el corte es elicico. Algunos de estos cráneos fueron trepanados despues de la muerte del individuo, otros en vida, y en la juventud, como se ha probado por la reconstitucion que se ha hecho de ellos. Dentro de los cráneos se encuentran á menudo fragmentos de huesecillos, el astrágalo de otro cráneo. Este descubrimiento solo se ha hecho despues de 1874 en los cráneos encontrados en una colina cerca de Paris, y no se sabe dar otra explicacion á un hecho de esta naturaleza, que la de atribuirlo á alguna supersticion respecto al alma y á una vida futura. Nicolucci que habia reunido en Italia una preciosa coleccion de cráneos, no habiendo podido ser comprada por nuestro Gobierno, fué llevada á America, y entre estos cráneos habia algunos que estaban pulimentados en ciertas partes exteriores, precisamente en la juntura landoidal izquierda. Estos son unos misterios, pero lo que se colige por ellos, es que la barbarie de aquellos tiempos no es tanta, ni tan grosera como generalmente se cree.

(*Kiökkenmödings*) de la Dinamarca; y análogos á estos son los de tierramar, amontonados entre argamasa que se hallan en tanta abundancia en los terrenos situados entre los Apeninos, el mar Adriático y el Po, tan ricos en reliquias animales é industriales pertenecientes á las épocas más remotas.

Fundándose sobre estos indicios, se quiere señalar aquellos tiempos designándolos con el nombre de «edad de la piedra tosca» (*arqueolítica*), cuando no se sabía servirse, ni trabajar más que la piedra silice. Á esta edad siguió la de la piedra pulimentada (*neolítica*), en la que á los martillos, á las flechas, á los cuchillos, agregaban algunos adornos, fabricaban vasijas de arcilla, cocidas al sol, cuerdas hechas con cortezas de árboles, piedras toscamente trabajadas para moler las semillas, paredes hechas con piedras secas solamente, y hasta canoas para navegar y pescar, todo lo cual indica y supone la existencia de hombres que cazaban, que pescaban, que criaban animales domésticos, y que se hacían la guerra.

Despues empezaron á hacer uso del cobre mezclado con el estaño para endurecerlo; y de esta época que se designa bajo el nombre de *la edad del bronce*, nos quedan instrumentos punzantes, amuletos, vasijas, juguetes, adornos mujeriles, y armas. El hierro, este metal cuyo empleo se halla hoy dia tan generalizado, y que es uno de los instrumentos esenciales de la civilizacion, solo se empleó dos mil años antes de nuestra era para hacer con él estatuetas, monedas, y para construir carros.

Pasando desde la edad del bronce á la del hierro, llegamos ya á los Etruscos, trescientos años antes de la fundacion de Roma, es decir, hace cincuenta siglos. En la Escandinavia, el primer período de la edad de piedra se pone tres mil años antes de Jesucristo (1).

¿Qué significa, pues, hombre prehistórico? ¿es aquel de quien no se tenia noticias? Pues entónces, ¿qué sabíamos nosotros de la Australia antes que la descubriese Cook, ó de la América antes que fuese descubierta por Colon, ni de la Italia antes de Homero? ¿Era salvaje la América cuando la Italia triunfaba en el siglo de oro de las Bellas Artes? ¿Es la tosquedad ó el salvajismo una prueba de antigüedad? Y, si por algunas reliquias encontradas, se quiere asegurar que el hombre existia mucho tiempo

(1) Segun el *Wonsz*, en el *Nordisk Tidskrift för vetenskap, Konst och Industrie*, primer núm. de 1878. En la Academia Húngara se hizo una *Archaeologiai Közlemények* sobre las reliquias prehistóricas, pero concerniente más especialmente á la edad de los Celtas. La cuestion de los orígenes fué tratada por el arzobispo de Kolocsa, hoy dia el cardenal Haynold, en la conmemoracion del botanista Felipe Parlatore (Sesion del 16 de Junio de 1878).

antes de lo que generalmente se supone, estos vestigios no son suficientes para probar que viviese en aquellos tiempos como el bruto, ó que fuese antropófago; puesto que aun hoy dia mismo hay pueblos enteros en la Polinesia y en la Nueva Caledonia que no son superiores á los que vivian en aquellas condiciones. Entre los insulares de la Tierra del fuego y en el estrecho de Magallanes se encuentran tribus de hombres enteramente desnudos, á pesar de lo riguroso del clima, ó todo lo más cubiertos con una piel de lobo marino que es tan fácil de arreglar para hacer de ella un vestido: y entre estos pueblos hay una miseria y un embrutecimiento indescriptibles. Estos hombres son flacos, musculosos, su aire es estúpido, y su único lenguaje es una serie de sonidos nasales muy acentuados; todo lo que saben hacer es fabricar algunos instrumentos de pesca, de caza y de guerra, y á sus miserables viviendas, ni aun se les puede dar el nombre de chozas ó cabañas. Se sirven de piraguas fabricadas con la corteza de los árboles ó con troncos ahuecados, y quedan expuestos en ellas á las tempestades de aquel archipiélago, viviendo solo de moluscos que recogen por aquellas playas, siendo la única ocupacion de las mujeres la de mantener siempre vivo, en aquellas embarcaciones, el fuego que el hielo y los rigores del clima hacen tan necesario (1).

¿Cómo se combinan esos cráneos pequeñísimos, esas espaditas diminutas, como juguetes de niño, con los mastodontes que en aquella época habitaban en nuestros países? Se han hallado á flor de tierra ó enterradas juntas con armas de bronce y vasijas hechas á torno y esmaltadas, armas de piedra, monedas y joyecillas. Se han extraído de uno de los sepulcros de Tébas de la edad de los Lagidios, flechas de pedernal, así como de otras tumbas en que habia tambien varios objetos finos de metal. Entónces se acostumbraba depositar con los cadáveres diferentes objetos de una tradicion antiquísima; pero tambien muchas de estas cosas parecen antiguas porque han llegado á olvidarse; otras se conservaron por el uso que se hacia de ellas en las ceremonias religiosas, tales como por ejemplo los cuchillos de piedra de que se servían los Hebreos para la circuncision, así como nuestra Iglesia impone el óleo y emplea la cera, miéntras que en el alumbrado doméstico estas dos materias hayan sido reemplazadas por la estearina y la lucilina.

Si una de nuestras ciudades llegase á ser sepultrada hoy dia, cuando se descubriesen sus ruinas, se encontrarían chozas y miserables vi-

(1) *El Estrecho de Magallanes*, estudios del capitán RICARDO MAYNE, 1866-69. *Boletín consular*, Agosto 1876.

viendas al lado de suntuosos palacios; ricas porcelanas mezcladas con vasijas groseras de tierra; máquinas de vapor y toscos arados; bordados de oro y plata, finas telas de brocado y de seda al lado de asquerosos harapos; cubiertos de plata mezclados con otros de estaño y de madera; botijos, calabazas, botellas y odres para el vino; pipas asquerosas, y frascos con esencias; cocinas económicas, y el pote y caldero para hacer los puches y cocer la berza. En el puente Sublucio que fué el primero que echaron los Romanos sobre el Tíber, los arcos y la trabazon estaban sujetos con solo clavijas y cuñas de madera (1). Las dos últimas clases de ciudadanos, según la división que hace de ellos Servio Tulio, no usaban espadas, sino javelinas (2), y el primer escudo de metal que llegó á verse, se creyó que había caído del cielo (*ancilia*). En las ceremonias del culto primitivo se usaban solo vasijas de greda hechas á mano y mal cocidas á fuego descubierto. Al hablar Tito Livio de los ritos feciales, dice que la víctima era abatida por los sacerdotes *cum saxo siliceo*, y advierte que hasta los tiempos de Servio Tulio, las armas se fabricaban *omnia ex are* (3). Sin embargo, ya encontramos el hierro empleado en las pirámides de Egipto.

La Italia ofrece una maravillosa amalgama de los tiempos prehistóricos con los tiempos modernos. Entre las construcciones palustres se han encontrado vasos y utensilios de cobre y de bronce, vidrios, inscripciones, *æs rude* en Perugia y en Genzano; en la estación de Bodio, en el lago de Varese se sacaron mezclados con el limo del fondo, trozos de bronce y cien monedas de los últimos tiempos de la república romana. En la gruta de Tiberio entre Imola y Faenza, se encontraron figurillas de bronce mezcladas con fragmentos de vasos de tierra cocida, de los tiempos primitivos. En las tierras marinas de la Emilia se advierte una gran conformidad con las hornagueras de la Dinamarca, y con las habitaciones palustres de la Suiza; y hasta se encuentran allí también la encina común, y trozos trabajados de bronce que tienen conexión con la necrópolis de Villanueva y con la de Marsaboto, en donde aparece ya la rica civilización etrusca. Los geólogos romanos señalaron, por medio de una escala cronológica, las edades de las varias capas de vegetales de las Aguas Apolinarias en las que se hallan colo-

(1) DIONISIO DE HALICARNASO, III, 45; PLINIO, XXXVI, 100.

(2) RUBINO, *Beitrage zur Vorgeschichte Italiens*. HELVIG, B. Zur italischen Kultur und Kunstgeschichte. Leipzig, 1878.

(3) Lucrecio canta que,

*Arma antiqua manus, ungues, dentesque fuerunt,
Et lapides et item sylvarum fragmina rami,
Posterioris ferri vis est, ærisque reperta,
Sed prius æris erat quam ferri cognitus usus.*

cadadas unas sobre otras las ofrendas votivas que arrojaban los devotos á aquellas Aguas salutíferas. En un principio son de piedra tosca, después viene el *æs rude*, luego el *æs grave*, y en seguida varios votos y ofrendas gentílicas.

Cuando Mariette hacía continuar las excavaciones en Abido, los trabajadores se servían de instrumentos de piedra. Aun hoy mismo se emplean en el Japon flechas de pedernal con alas, como las lanzas de muchos beduinos. Probablemente en el tiempo mismo en que existían pueblos cuya degradación no llegaba hasta la salvajez, al emigrar, llevaban consigo las artes, las costumbres, la moralidad, los usos establecidos, la familia, los ritos; en una palabra, la sociedad civil que se iba perfeccionando poco á poco, porque en el hombre el progreso es transmisible, pero no en el bruto.

¿No está probado que los pastores de la Mesopotamia y los doctores de la China, supieron más de astronomía que los sabios de Éfeso y de Atenas? Todavía vivían las naciones salvajes de Cíclopes y Polifemos en Italia, cuando la Grecia cantaba ya la *Odisea*; pero su desembrutecimiento fué rápido tan pronto como algunos habitantes de países más adelantados introdujeron en ella los casamientos fijos, las leyes y los ritos.

Estas obras y transformaciones son más bien etapas del espíritu humano que edades del mundo; y ni aun son el tránsito del estado de embrutecimiento á otro estado más civilizado; pero no por eso este estado de rusticidad deja de atestiguar la superioridad del hombre sobre los animales, puesto que este sabe prepararse y fabricarse instrumentos y utensilios que tienen un objeto determinado de uso, lo cual es una prueba de su racionalidad, es decir, que sabe razonar. Además de esto, el don de la palabra le eleva sobre todos los demás animales, y le hace superior á ellos; y hasta ahora se ha podido hacer constar y adquirir la convicción y la prueba de que deriva de una sola estirpe, aun cuando esta raza ó primitivo origen se haya alterado con las diferentes especies de hombres que habitan la tierra, tales como la raza caucaseana, la negra, la amarilla, la morena. La lengua, es decir, el habla encierra un tesoro de sabiduría que sobrepuja toda reflexión, porque no debe su origen ni á esta ni á la conciencia, puesto que desde los primeros momentos se encuentra en el lenguaje primitivo tal riqueza de ideas metafísicas, y tal fuerza de lógica que no es posible explicar; y que cuando no es obra de la espontaneidad entónces decae y pierde una gran parte de su riqueza, de sus formas, y de fineza en su organismo, aun cuando continúe la cultura haciendo progresos. Así, siendo la lengua tan rica y tan compleja, no puede ser la obra de un

solo individuo, y aun cuando sea una y única, tampoco puede ser la obra de muchos. Las diferencias esenciales que se advierten en varios grupos, no quitan por eso cierta uniformidad en sus evoluciones generales; y puede decirse que un mismo instinto, que es común á la humanidad, es el que gobierna y preside, el desarrollo de las diferentes hablas, con arreglo á unas mismas leyes.

La ciencia más nueva y más independiente así de los fisiologistas como de los filólogos, afirma y certifica que el lenguaje de las diferentes especies de seres humanos tiene el mismo origen y procedencia, como lo tienen también las mismas especies; de modo que si se le quita á Moisés su autoridad de inspirado, no se le puede negar la de maravilloso observador y hombre imparcial.

La unidad de lenguaje indica unidad de naturaleza, y unidad de pensamiento, esto es, la facultad de conocer el ser. Después encontramos diversidad de creencias, ¿y esto qué prueba sino la dispersión del género humano? este es otro hecho bíblico, como lo es el de la diversidad de las lenguas cuando se substituyó el error á la verdad tradicional.

Pero aquel ó aquellos que inventaron el habla, debían saber que por medio de la palabra se podrían expresar las ideas, después de haber sabido antes que teníamos ideas; y por consiguiente debían ser genios trascendentales y sublimes. Pues ¿cómo combinarse estas cosas con el barbarismo, ó más bien la bestialidad de las edades prehistóricas? ¿cómo explicar que los lenguajes son tanto más sintéticos cuanto mayor es su antigüedad, y que estos lenguajes, hasta en las mismas tribus bárbaras, están llenos de finuras y sutilezas muy desemejantes de la progresiva y desarrollada civilización nuestra?

El hombre estudioso no debe ignorar las investigaciones y las conjeturas hechas por aquellos grandes buscadores que con penosa perseverancia se dedican á indagar lo infinito que no pueden comprender, y á lo que no pueden llegar; pero debe abstenerse, al mismo tiempo, de construir edificios sobre sistemas divergentes y hasta contradictorios entre sí: no deben fundarse sobre la eternidad de la materia, ni sobre la generación espontánea, ni sobre la cadena embrionológica de Lamarck, ni sobre la transformación de las especies de Darwin, ni en la lucha por la existencia, para dar la preferencia y aceptar solamente las ideas de aquel que pretende explicar lo desconocido, por lo desconocido mismo, fundándose sobre hipótesis que no están bajo el dominio de la experiencia, y que pueden ser destruidas mañana por hechos ó razonamientos nuevos. Así, se sostenía ayer, con Renan, que el monoteísmo es instintivo en

la estirpe semítica, y hoy se prueba, con Soury, que los Hebreos fueron politeístas. Hace muy poco apenas que los mayores físicos disertaban sobre los impesables. Á la invariabilidad de los cuerpos celestes recibida y adoptada como cosa cierta, hace un siglo, se ha substituido la bella teoría de Laplace, según la cual, se encuentran en estos cuerpos diferentes transiciones y variedad de edades, probadas y corroboradas con el análisis espectral. El que se fija y se aferra en seguir un sistema, se ve obligado muy á menudo á tener que borrar al día siguiente lo que había escrito la víspera. Así es como parece recta la línea que el Sol recorre al acercarse á la constelación de Hércules, porque calculamos solamente un corto trayecto de su inmensa elíptica. Pues ¿cómo es posible el apoyarse sobre las teorías y demostraciones de unos tiempos en que no se conocía el único ser que tenía la idea y la medida del tiempo?

La historia no puede aceptar el hombre fantástico, sino el hombre real; su propio y verdadero contenido es la evolución espiritual de la humanidad, en la que las voluntades dirigidas, sea del modo que se quiera, á fines particulares, cooperan al progreso de todo el consorcio social. Este progreso es continuo, pero debe distinguirse de la felicidad individual. En aquel hay una causa distinta de los designios particulares de cada uno, un querer universal, que es desconocido á los individuos, que asimila y amalgama el alma de estos con el alma cósmica. Los antiguos lo llamaban Hado, Destino, el cual era la predestinación absoluta del hecho casual: los cristianos lo llaman Providencia, esto es, la sabia coordinación de todos los medios á un fin: los modernos le dan el nombre de Racionalismo empírico, en virtud del cual la historia proviene de la actividad de los individuos que obran inconscientemente según las leyes psicológicas, pero sin Dios, y negando todo aquello que en el hombre es objeto de creencia ó de amor. Cuando no obstante, á hechos incomprensibles se substituyen fantasías no ménos incomprensibles, en ese caso, misterio por misterio, valdrá siempre más el atenerse á la idea que se armonice mejor con el conjunto de aquellos otros hechos que sean verdaderos, y con la generosidad de las acciones.

Así aun cuando los fisiologistas no hayan demostrado las diferencias orgánicas del hombre, no por eso deja de poseer este el fuego que le había dado el *premaetha* leño que había sido frotado, ó el Prometeo que lo había robado del cielo: posee además los dotes intelectuales infinitamente perfectibles, y el lenguaje que hace posible la transmisión hereditaria de los conocimientos adquiridos, así como también ideas sobresensibles que son necesarias á la vida mo-

ral y religiosa, y el discernimiento del derecho, del deber, del mérito y del demérito; el sentimiento de la responsabilidad, la creencia en los seres invisibles y en una vida póstuma. El instinto no engaña a las bestias; si aquellos dotes y conocimientos fuesen simplemente instintos ¿por qué engañarían al hombre el sentimiento y la esperanza del porvenir?

Se puede encarecer y ponderar la inteligencia del bruto sin caer en el fango de la inconsciencia del hombre, y sin aceptar un humillante zoogénesis que se halla contradicho por las especies fósiles, como por las que viven; por los hechos paleontológicos, como por la fauna actual, apoyándose solo sobre la morfología (1). El judaísmo y el cristianismo aborrecen esa confraternidad y paridad con los brutos, distinguiendo entre la sensibilidad y la inteligencia, reconociendo a Dios como eternidad, a Adán como tiempo, y en el hombre el momento ético, esto es, el origen y la naturaleza; el juicio crítico, esto es, la libertad de sus propias acciones, y por consiguiente la responsabilidad de ellas; el juicio político, esto es, el uso del derecho, y la sociabilidad.

Que no se alarme ni se desaliente ninguno por el conocimiento de las verdades que, al parecer, ponen en peligro nuestras convicciones religiosas. Las demostraciones de la materia no excluyen la existencia del espíritu ni de la conciencia; pues aunque sean verdades de orden distinto, se armonizan entre sí. Así como faltan a la racionalidad aquellos que hacen un dardo contra la fe de todo descubrimiento nuevo; así también es un error el afanarse en sacar como pruebas de las aseveraciones bíblicas los descubrimientos que pueden emplearse en oposición de ellas (2). Todo cuanto la Biblia encierra es la ver-

(1) Dios te ha hecho hombre, y yo te hago mono. HUGO. « El hombre, como ser físico é inteligente, es obra de la naturaleza; de modo que por esta razón, no solo su ser, sino también sus acciones, sus pensamientos, su voluntad, sus sentimientos se hallan fatalmente sometidos á las leyes reguladoras del universo. » (BUCHNER, *Fuerza y materia* cap. XX.) Según Darwin, el derecho no es más que la conformidad de los instintos individuales con el instinto social; la armonía momentánea de mis necesidades con las exigencias de la especie á que actualmente pertenezco.

(2) Cuvier y nosotros después de él habíamos asegurado que el hombre fósil no existía. « La única cosa que debe buscarse en los hechos es la verdad; el que tiene miedo de examinarlos, da una gran prueba de no estar seguro de sus principios.... El conocimiento más elevado de la verdad hace encontrar una concordancia perfecta entre esas verdades subordinadas que parecen opuestas entre sí, á primera vista... El ingenio humano se encierra fácilmente en una cuestión mal puesta. »

« En todas las cuestiones que son tratadas con cierto desprecio, es más ventajoso el atacar que el defender... Nada contribuye más á hacer reír y burlarse á los hombres de una cosa, que el recordarle por otros hombres, que la tal cosa es seria é importante, cuando á cada uno le parece ser una señal evidente de su propia superioridad, el encontrar materia de diversion en aquello que ocupa y domina la mente de los otros... El que busca sinceramente la verdad, en vez de atemorizarse por el ridículo, debe someter á un libre examen el ridículo mismo. » MANZONI.

dad; pero, digan lo que quieran los Protestantes, la Biblia no contiene todas las verdades, y la divina inspiración de sus autores se limita á hablar solo de los puntos de dogma y de moral. Estando convencidos de esto, antes que precipitar nuestros juicios, tengamos la virtud de esperar sin asustarnos ni irritarnos. ¿Hay descubrimientos é inducciones filosóficas naturales que parecen contradecir aquella?, pues en ese caso no solo debemos afirmarlas, sino debemos tratar de aclarar si fué bien ó mal comprendido el texto, separar la relación bíblica de las leyendas populares con las que muchas veces se confunde y desfigura aquella relación. La Iglesia tiene la misión de interpretar todo lo que concierne á la fe, á la moral, y á la salvación de las almas, imponiendo la creencia de aquello que resulta ser la verdad, según el acuerdo y la conformidad de los Santos Padres y de los siglos; sin que por eso la historia, la geografía y la arqueología no puedan llevar sus investigaciones mucho más allá de la interpretación común. ¿Por qué nos privaríamos, en efecto, de los nuevos auxilios que nos suministra la ciencia? Puesto que esta ha llegado á probar que el universo, los cuerpos y hasta nuestra constitución moral é intelectual están sujetos y se hallan ordenados por un principio mucho más mecánico que lo que se suponía; así también los ortodoxos, en razón de los progresos intelectuales que se han hecho, han cambiado de lenguaje. Antes, se aceptaba el Génesis y se lo interpretaba en un sentido limitado; después se ha llegado á reconocer en él á un padre que hace á sus hijos la narración de los acontecimientos en el lenguaje de aquel tiempo, pero de manera que aquellos acontecimientos puedan explicarse más extensamente y sean susceptibles de una interpretación más lata y más precisa. Personas tan sabias como inteligentes aseguran que la Biblia no fija el tiempo de la creación del hombre, sino que solo la refiere como perteneciente á todo el género humano. Por los hechos sucesivos se entiende que la hace referente á la nación escogida, lo mismo que cuando hace universal el diluvio, y la concurrencia de todas las gentes para edificar la torre. La fe nos da una creación; la historia un primer hombre; todos descendemos de Adán, pero quizás todos no descendemos de Noé (1).

(1) *Multa in scripturis sanctis dicuntur juxta opinionem illius temporis, quo gesta referuntur, et non juxta quod rei veritas continebat.* SAN JERÓNIMO EN JEREMÍAS, XXVII, 10-11; MAT., XIV, 8. Santo Tomás aplica muchas veces como principio indiscutible el que *secundum opinionem populi loquitur Scriptura.* Por lo cual DANTE en su Purgatorio, IV, dice:

Per questo la Scrittura condiscende
A nostra facultate, e piedi e mani
A Dio attribuisce ed altro intende.

Por eso dicen también hoy los astrónomos « el sol se levanta, tal astro se pone, etc. » Los Jesuitas hablan á me-

Colócase la cuna del género humano en las elevadas llanuras asiáticas que se hallan circunscritas al Sudeste y al Sudoeste por el Himalaya; al Oeste por el Bolor, al Noroeste por el Ala-tau, al Norte por el Altai, al Este por el Kin-kan, al Sur por el Felinan y el Kuen-Youn. Allí solo es en donde se encuentran los tres tipos de las razas humanas; allí es en donde existen las tres formas fundamentales del lenguaje, á saber: la monosilábica de los Chinos y de los habitantes del reino de Siam: la melosa y aglutinativa de los Maleseos y Ongro-Japoneses, y la flexiva de los Iranianos (1); de allí nos han venido los animales caseros y los cereales; de allí proceden las diferentes razas que, por efecto de la influencia hereditaria, del cruzamiento y del clima, se han hecho distintas en sus formas exteriores y en sus caracteres anatómicos, fisiológicos y patológicos.

Y al demostrar la historia universal que el hombre se perfecciona, esta demostración será la protesta más sólida y de mayor valor contra el ateísmo que afirma gratuitamente que la materia es necesariamente eterna; así como también lo será contra los atomistas cuyas doctrinas se enseñan en la escuela alemana, y han sido adoptadas por algunos Italianos. No somos nosotros los que queremos hacer una obra teológica; pero nos parece que no sea posible el existir ni historia ni civilización, si no se reconoce la unidad del género humano, de la que son una consecuencia la fraternidad universal, un derecho y una justicia. Quitese esta unidad, y ya no quedará más que el arbitrio del más fuerte. ¿Negáis la permanencia de la especie humana? pues allí en donde no se trate más que de escoger los medios más á propósito para mejorar los tipos y las razas, cesan de existir las leyes económicas y morales, y queda condenado el espíritu de caridad que es una de las mayores glorias de nuestra edad, y que al teorema de « cada uno para sí », opone el precepto de « Ama á tu prójimo como á ti mismo. » Si nuestra especie está accidentalmente sujeta á una evolución, y tiene su afinidad con el bruto, de

nudo de esto en la preciosa colección de los *Études religieuses*, especialmente en la de Octubre de 1863 y Abril de 1868, así como en la *Revue des questions scientifiques*. Allí es en donde deben verse al abate F. VIGOUREUX, *La cosmogonie biblique d'après les Pères de l'Église*; CH. DE LA VALLÉE-POUSSIN, *La certitude en géologie*.

(1) Max Müller, á la cuestión propuesta de si podíamos admitir un origen común para todas las lenguas humanas, responde sin vacilar. « Lo podemos... Es temerario, dice, el atribuir al lenguaje principios diversos é independientes, antes de sentar un solo argumento que establezca la necesidad de semejantes diferencias: Nunca jamás se ha demostrado la imposibilidad del origen común del lenguaje. » *Science du langage*, Paris, 1861, pág. 334. Y en la pág. 366, afirma y confiesa el origen único de la especie humana, y « si semejante creencia tuviese necesidad de ser confirmada, añade, lo habría sido por las obras de Darwin, *Sobre el origen de las especies*. »

la que se elevará solo mediante el esfuerzo de la vida, yo no estaré más ligado con mis semejantes que con una mona ó con un sapo; no auxiliaré á los necesitados, me guardaré bien de socorrer á los estropiados, á los leprosos, á los mendigos, los cuales engendrarians mañana otros desgraciados, y en este caso, no sería la gente baja, sino solamente las clases elevadas las que llegarían á perfeccionarse y mejorarse. Con doctrinas semejantes, la historia no podrá coadyuvar á la reorganización á que la sociedad aspira tan ansiosamente en medio de los incansables trastornos económicos, industriales, políticos y religiosos.

Y ¿en presencia de los progresos hechos por la ciencia se deberá abrogar el libro sobre el que se han fundado, durante tantos siglos, las creencias de las gentes más cultas é ilustradas? Dejemos á un lado su autoridad divina, pero ¿deberemos justificarnos nosotros de haberlo aceptado como único y principal fundamento histórico? He ahí la cuestión.

Puesto que de nada, nada puede hacerse, aquel libro nos presenta un criador personal que con una idea y con un fin crea el universo. Los días para él son millares de siglos, pero el orden con que estos días son presentados y expuestos no repugna á los asertos de la ciencia. En el primer día existe el caos; viene después la luz, como en los sistemas modernos, que reviste con ella al sol y á las estrellas; en seguida se forman los animales saliendo de los elementos de la primitiva creación, hasta que es creado el hombre con su compañera, como único tronco y raíz del árbol cuyas ramas debían cubrir toda la tierra.

Dios conduce los animales delante del hombre, y este da á cada uno de ellos su nombre verdadero. De este modo ejercita la razón y la palabra que son sus dos grandes distintivos; pensando, conoce al criador; contemplando lo criado se apercebe que existe alguna otra cosa fuera de sí.

El hombre era inteligente y libre; debía, pues, obrar, no por instinto, sino por conocimiento y voluntad. Era libre, sí, pero en el orden que se le había prescrito; debía querer lo que Dios quería, y este para probar su obediencia le impone un solo precepto. El hombre lo viola, y entonces queda ofuscada su inteligencia, debilitada su razón, y su voluntad desconcertada.

Desde este momento empieza una obra trabajosa de restauración, sometiendo á la naturaleza con el sudor de su frente, perfeccionándose á sí mismo y todo lo que le rodea, y confiando en un reparador que se le promete.

Por documentos antiquísimos que ahora se descubren, se hallan confirmadas algunas tradiciones primitivas relativas al gran diluvio, y